

fiesta desde los mas antiguos concilios. El concilio general de Efe-so, tenido el año 431, llama á la Santa Virgen *Inmaculada*, esto es: *Por eso Inmaculada, porque en nada fué corrompida*. El cuar-to concilio de Toledo del año 634 aprueba con elogio el Breviario reformado por San Isidoro, arzobispo de Sevilla, en el que hay ofi-cio de la Inmaculada Concepcion. El concilio undécimo de 675 dá bastante á entender que esta Señora no fué comprendida en el pecado original. La devocion particular de todas las Ordenes re-ligiosas á la Inmaculada Concepcion, el celo de todas la universi-dades, el unánime consentimiento de todos los pueblos en honrar este primer privilegio de la Reina de los cielos, principio y funda-mento de todos los otros; todo esto hace esta fiesta todavía mas cé-lebre. El sábio padre Antiste prueba que desde Santo Domingo hasta su tiempo, todos los grandes y santos personajes que ha ha-bido en su Orden, han empleado su celo y su ciencia en adelantar la gloria de la Madre de Dios, defendiendo su Inmaculada Concep-cion. Las célebres Ordenes de San Benito, de los Camaldulences, de los Cartujos, del Cister, de Cluni, de los Premostratenses, y to-das las que han venido despues de ellos, hacen profesion de honrar la santidad privilegiada de la Virgen María en este primer momen-to. Las mas célebres universidades de Europa, y en particular las de Paris, Colonia, Maguncia, Salamanca, Alcalá, Sevilla, Valencia y Praga, tienen estatuto de no admitir al grado de doctor, á quien no se obligue á defender la Inmaculada Concepcion de la Virgen María; é igual constitucion tiene la nuestra de México. Lo mis-mo practican muchas hermandades y cofradías. El concilio de Ba-silea lo decidió en la seccion 36 como una verdad de fé; pero no ha-biendo aprobado el papa este concilio, su decision no tiene fuerza de ley, ni está recibida en toda la Iglesia.

A fines del siglo XIV, Juan de Monzon, doctor en teología, ha-biendo osado enseñar que la Santísima Virgen fué concebida en pecado, sublevó contra sí á todos los fieles. La universidad de Pa-riis censuró como falsa y escandalosa esta opinion, y el obispo Pe-dro de Orgemente confirmó esta censura, y condenó solemnemen-te las proposiciones del doctor, en presencia de una multitud de personas que habian concurrido á este espectáculo, como al triunfo de la Santísima Virgen. Habiendo sido llevado el negocio al papa, despues de un exámen de cerca de un año, confirmó el soberano pontífic e la sentencia del obispo de Paris y la censura de la univer

sidad; pero no habiendo querido el doctor sujetarse á ella, lo exco-mulgó el papa con todos sus adherentes, por una bula dirigida ex-presamente á este fin.

Habia ya mas de 700 años que la Iglesia griega celebraba la fies-ta de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen, como es fácil mostrarlo por las tablas de los griegos, cuando se comenzó á celebrar en el Occidente á principios del siglo XII; y aunque no haya sido de precepto, sino despues de las bulas de Sixto IV, sin embargo, se celebraba ya por devocion en la mayor parte de las iglesias de Inglaterra, Francia, Italia y España, con mucha piedad y fruto.

San Sofronio, obispo.

Nada mas recomendable que la caridad, ni mas digna del apre-cio y alabanza de los hombres: ella lo es de la aceptacion divina; como que del mismo Dios dimana y fluye á los hombres esta vir-tud excelentísima. Ella es la Reina de todas las demas, y la que les da vida; y como cae bajo del mayor y primero mandamiento, hace al que la posee el mayor y mas santo delante de Dios. No es menester mas que ver á un hombre sobresalir en caridad, para formar de él el mas alto concepto. En tal debe tenerse al esclare-cido San Sofronio, que resplandeciendo en Chipre con las virtudes todas propias de un pastor de la Iglesia, se hizo aun mas heroico en la caridad, conciliándose el amor de sus pueblos, llevándose su admiracion, y atrayendo sobre sí las bendiciones del Altísimo; mu-cho mas por el objeto que abrazó que fué la clase mas indigente y desvalida de la sociedad. La Iglesia lo proclama protector y de-fensor de los pupilos, huérfanos y viudas; y como en este género de caridad se hizo tan célebre, no dudó decretarle los honores del culto. En él hallaron los pobres su socorro, y los atribulados su consuelo; y en él haya hoy la Iglesia uno de sus mas esclarecidos ornamentos, y de sus mas nobles y dignos hijos.

La Epístola es del capítulo VIII del libro de la Sabiduría (Prover-bios.) (Pág. 575.)

El Señor me tuvo consigo al principio, &c.

El Evangelio es del capítulo XI de San Lucas. (Pág. 127.)

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas, alzó la voz &c.

MEDITACION.

Sobre el misterio del día.

Considera cuán glorioso es para la Inmaculada Virgen María el esclarecido privilegio con que entre todos los descendientes de Adán es preservada única y sola del contagio de la culpa original. Ciertamente, dice el padre San Bernardo, que es este un privilegio en que no se le encuentra compañía, pues ni ha habido otra primero que lo haya disfrutado, ni habrá quien la siga en el goce de gracia tan singular. Es este privilegio sin disputa propio de la hipóstasis divina, no porque confundamos á María con Cristo, ni lo hagamos efecto de la union hipostática, sino porque era muy conveniente que aquella en cuyo seno y de cuya sustancia se concibió el Hombre Dios, que fué santificado en el mismo instante de su Concepcion con la gracia sustancial de la union hipostática que lo hizo santo por naturaleza, fuese también santificada en el primer instante de su Concepcion por una gracia singular que la preservase del pecado original, y la llenase en toda plenitud, tanto, que si no la hacia impecable y santa por naturaleza, la librase de todo pecado desde el primer instante de su sér hasta el último de su vida, haciéndola siempre grata y siempre amable á su Autor soberano. ¿Qué quiere decir esto, sino que entre todas las que son puras criaturas goza María de un privilegio únicamente suyo, en que solo le excede su Hijo Jesucristo, que no es criatura sino Hombre Dios? ¿Podrá darse blason mas glorioso, distintivo mas singular, preeminencia mas excelente que la que goza María, por su Concepcion en gracia?

Considera que si fué este privilegio glorioso sobremanera para la Virgen Madre, fué al mismo tiempo el mas amado de su corazón. Este era en María un corazón sábio é inteligente que sabia distinguir de privilegios, y no se alucinaba en lo que debía apreciar, por grandiosa y magnífica que fuese la dignidad de verdadera Madre de Dios, y por mucho que lo uniese á su Dios la maternidad divina. Sabia la Virgen pura que toda esta grandeza nada le aprovechaba sin la gracia; que le era mas interesante concebir á su Hijo en el alma por gracia y santidad, que en el cuerpo por obra del Espíritu Santo; y que hubiera sido mas desdichada en estar un solo instante en desgracia de su Dios por el pecado, que dichosa en ser hecha verdadera Madre, de Dios verdadero. Este conocimiento, pues, le hacia apreciar mas que todo su Concepcion en gracia,

Concepcion que puso el colmo á su felicidad y la plenitud á sus glorias. Ella se halló poseida de su Dios desde el principio de sus caminos, y en esta posesion no interrumpida halló logrado de un modo extraordinariamente grande su último fin, pues aquel que en la vida la poseyó por gracia, la posee por gloria en los siglos de los siglos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Si, Virgen pura, Virgen sin mancha alguna aun la mas leve; el Señor te ha poseido, y poseido de manera, que cuantos frutos produjo en tí la gracia, fueron para su gloria; y cuanto pudo llenarse en tí el dominio, el gobierno, el soberano influjo con que te posee, y poseyéndote promueve todo tu bien y completa toda tu felicidad, tanto se llenó, sin que haya habido, ni haya de haber jamas pura criatura mas llena de Dios, ni mas adherida á Dios. ¡Oh! goza eternamente de tan inmenso bien, y volviendo tus ojos purísimos sobre nosotros, míseros pecadores, excítanos al dolor ya borrecimiento de la culpa, y haz que corra á nosotros la agua purísima de gracia, que lavándonos, nos haga dignos hijos de Dios y tuyos, Virgen santa.

JACULATORIA.

Todo eres pura y hermosa, ¡oh María! y en tí no hay mancha alguna. No hay blancura, no hay esplendor, no hay virtud que en tí no resplandezca.

LECCION.

Sobre el matrimonio como sacramento.

Todo aquello que por institucion divina es signo representativo de una cosa sagrada, que tiene virtud para causar la gracia, es verdadera y propiamente sacramento de la ley nueva; tal, pues, es el matrimonio de los cristianos: él dá á los casados gracia para bien vivir en él, la cual llaman los teólogos gracia unitiva: él es signo de ella, y signo grande, como ya dijimos, por las muchas y excelentes justificaciones que contiene. *Las mugeres, se dice á los efesios, estén sujetas á sus maridos como al Señor: porque el marido es cabeza de la muger, como Cristo es cabeza de la Iglesia, de la que él mismo es Salvador como de su cuerpo. Y así como la Iglesia está sometida á Cristo, así lo estén las mugeres á sus maridos en todo. Vosotros, maridos, amad á vuestras mugeres, como Cristo amó también á la Iglesia, y se entregó asimismo por ella para santificarla, pu-*

rificándola con el bautismo de agua, con la palabra divina, para presentarla asimismo á la Iglesia gloriosa, que no tenga mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa y sin manilla. Así tambien deben amar los maridos á sus mugeres como á sus propios cuerpos. El que ama á su muger, á sí mismo ama. Porque nadie ha aborrecido jamas su carne; antes la mantiene y abriga, así como tambien Cristo á la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por eso dejará el hombre á su padre y á su madre &c. Este sacramento es grande. Dios es el custodio del matrimonio, el que no permite se viole con otro lecho; de modo que si alguno falta á la fidelidad de su consorte, peca contra Dios mismo, "viola su ley, destruye su gracia," dice San Ambrosio; y peca contra Dios, porque destruye el consorcio del sacramento celestial. La violacion de la bendicion nupcial por el adulterio, es un sacrilegio, dice el papa Siricio. Es, pues, evidente y fuera de toda duda que nuestros matrimonios no solo son unos contratos naturales; sino tambien unos sacramentos que no reconocen en cuanto esto, otro principio que divino, otro autor que Jesucristo. Siendo, pues, de tal naturaleza, toca á la congregacion de los fieles regida invisiblemente por el mismo Jesucristo, y visiblemente por su cabeza el pontífice romano, arreglar el modo de contraerlos. En la ciudad de Dios, dice el Aguila de la Iglesia, en el monte santo, esto es, en la Iglesia, no solo es recomendable el vínculo del matrimonio, sino tambien el sacramento; de modo que no es lícito al hombre participar de su muger á su amigo, como perversamente opinaron algunos sábios de los antiguos: ¡tan ignorantes son los hombres en medio de sus sabidurías! El bien del matrimonio en todas las gentes que se rigen por principios justos y que tienen costumbres moderadas, consiste en el fin de la propagacion y en la fidelidad de la castidad: en el pueblo de Dios hay mas; consiste en la santidad del sacramento. Basta lo dicho, y lo que dejamos ya espresado hablando de los sacramentos en general, para conocer que es sacramento de nuestra Iglesia: esto seria suficiente para inferir que causa gracia á los que le reciben dignamente; con todo, inculquemos esta verdad.

Inmediatamente se nos presenta comprobándola el santo concilio de Trento. "El mismo Cristo," dice, "autor que estableció y llevó á su perfeccion los venerables sacramentos, nos mereció con su pasion la gracia con que se habia de perfeccionar aquel amor

tural, confirmar su indisoluble union, y santificar á los consortes. Esto insinúa el Apóstol San Pablo, cuando dice: *Hombres, amad á vuestras mugeres como Cristo amó á su Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella*; añadiendo inmediatamente: *Este sacramento es grande; quiero decir, en Cristo y en la Iglesia*. Pues como en la ley evangélica tenga el matrimonio su excelencia respecto de los casamientos antiguos, por la gracia que Jesucristo nos adquirió; con razon enseñaron siempre nuestros Santos Padres, los concilios y la tradicion de la Iglesia universal, que se debe contar entre los sacramentos de la nueva ley." Esta gracia los une en un vínculo de caridad: el uno descansa en el amor benévolo del otro, y ya no buscan agenos é ilícitos amores. Esta gracia es el remedio de la concupiscencia heredada de nuestros primeros padres, pues ella la refrena y contiene dentro de sus límites.

Los cristianos por esta gracia desean les nazcan hijos, no para el mundo, sino para el cielo. Por esta misma gracia se guardan fidelidad; mas no una fidelidad como la de las demas gentes, que solo consiste en el punto de guardar una palabra y en el celo natural; sino una fidelidad que tiene por principio la virtud, y por premio nada ménos que el cielo; una fidelidad á la que se teme faltar, no por el respeto de la consorte, sino por la obediencia y temor del mismo Dios. Por esta gracia los padres crian y educan á sus hijos en las doctrinas del Señor: por esta gracia llevan en paciencia y con gran fruto las cargas é incomodidades del matrimonio, en los zelos, en los temores, en las tristezas, ya por las enfermedades del compañero, ya por las de los hijos; porque ¿qué casado no ha experimentado algunas ó todas estas penalidades? De todas parece que se entienden aquellas palabras de David en el salmo XL: *El Señor le dé socorro sobre el lecho de su dolor*. El lecho del dolor, dice San Agustin interpretando este lugar, es la flaqueza de la carne. No digas: No puedo soportar, contener y refrenar esta mi carne; eres ayudado por Dios para que puedas: el Señor te dá socorro sobre el lecho de tu dolor. ¿El lecho te lleva? No: tú llevabas al lecho; eres paralítico; pues Dios te dirá: Toma tu lecho, y vé á tu casa. Si, pues, Dios nos ayuda, ¿por qué padecemos tantos males en esta vida, por qué tantos escándalos, por qué tantos trabajos, por qué tantas inquietudes del siglo y de la carne? Porque no perseveramos en la gracia y en la práctica de la virtud: abandonamos á Dios, y no nos aprovechamos de sus socorros; de donde se sigue

que lo que padecemos, lo padecemos sin fruto, y sin consuelo. Pero Dios, no queriendo se aparte de su amor nuestro corazón, mezcla tribulaciones y dolores en nuestra vida, para que el corazón se eleve á él.

Ahora bien: ¿qué estado se halla mas espuesto á estas tribulaciones que el del matrimonio? Pues por lo mismo el Señor le comunica una gracia que las haga no solo soportables, sino tambien amables, porque en ellas encuentra al Señor y le llama con ternura: *Encontréme con la tribulacion y el dolor, é invoqué el nombre del Señor.* Esta gracia llena á los casados de una conformidad santa en la muerte de sus hijos; por ella el esposo bueno santifica á su muger, y la convierte de mala en buena, y de buena en mejor: por ella la esposa santa hace volver al camino recto al esposo extraviado. Santificaos, pues, esposos; alentaos mutuamente en la virtud; la vida del uno sea un ejemplar para la del otro; la de éste un espejo para la de aquel. ¡Con qué velocidad no se subirán en este estado á la perfeccion de la virtud! Pues no son los ejemplos de un prelado ó prelada, no los de un compañero en el claustro y en el hábito los que los mueven; sino los de un esposo querido, los de una muger predilecta que están unidos con un vínculo indisoluble, cuya suerte es una, cuya vida es comun, y cuyo bien debe refluir en ambos.

DIA NUEVE.

Santa Leocadia, vírgen y mártir.

Santa Leocadia fué natural de Toledo, y descendia de una familia ilustre por su antigua nobleza, por sus riquezas y piedad. Nació á fines del siglo tercero, y como sus padres eran católicos, la dedicaron desde la niñez al culto del verdadero Dios, haciéndole conocer la distancia infinita que existe entre el cristianismo y la idolatría. La niña, que estaba elegida por Dios para el martirio, y dotada de una clara penetracion, muy pronto llegó á comprender la sublimidad de la santa religion, y adelantarse en la virtud mas de lo que le permitia su edad. Llegada á la juventud, hizo voto de perpetua virginidad, y vivia retirada del mundo como en un monasterio, sin hacer aprecio de todas las bellas prendas con que la naturaleza le habia enriquecido, y que sirven de tentacion á las jóvenes de su edad. Era casi continua su oracion;

y el entretenimiento mas de su agrado la meditacion de las verdades eternas, porque veia con desprecio todo lo que no era servir á Dios, á quien anhelaba unirse mas y mas por el continuo ejercicio de las virtudes. Por mas esfuerzos que hacia Leocadia para ocultar la suya en el recinto de su casa, no pudo conseguirlo, y llegó á hacerse célebre en Toledo, admirando todos en aquella tierna doncella lo austero de su vida, y lo edificante de sus costumbres.

Daciano, que era gobernador de España en aquel tiempo, fué mandado á Toledo por los emperadores Diocleciano y Maximiano, para que extinguiera el culto cristiano, y con los crueles edictos de aquellos tiranos, llevó á esta ciudad el espanto y la muerte. Ya no se oia hablar sino de persecuciones; las cárceles estaban llenas de cristianos, y por todas partes se alzaban patibulos para sacrificarlos. Unos huian de la ciudad, otros que tenían mas fortaleza se quedaban en Toledo para sufrir el golpe que estaba preparado. Leocadia, que se habia hecho notar entre los cristianos por su virtud, y á la que respetaban tambien los paganos, fué una de las primeras víctimas sacrificadas al furor del paganismo. Delatada ante Daciano como una de las heroínas del cristianismo, y como al mismo tiempo le dieron noticia de sus bellas prendas, intentó primero seducirla. A este efecto la mandó traer á su presencia, y desde luego conoció que eran ciertos los informes que tenia de ella. Le pintó la grande fortuna que le aguardaba en la corte de los emperadores, á quienes daría aviso del tesoro que en ella guardaba Toledo. Despues comenzó á ridiculizar su culto, diciéndole que era indigno de una muger noble. Entonces Leocadia tuvo lugar de cumplir sus santos deseos, y confesó gloriosamente su fé en presencia del tirano, que ya habia llenado de horror á toda la ciudad: dijo que era cristiana, y que ni los tormentos que se preparaban para intimidarla, ni aquellas lisonjeras promesas que se le hacian para seducirla, la harian jamas faltar á su fé, porque creia con firmeza que no hay mas Dios que el que adoran los cristianos.

La firme resolucion de Leocadia en no abandonar su religion, irritó sobremanera á Daciano, y mandó que la tratasen como á esclava, moliéndola á palos. Así se ejecutó, viendo aquella tierna doncella correr su sangre sin prorumpir en una sola queja y sin abrir sus labios sino para alabar á Dios y pedirle fortaleza. Ella